

ca—en que el autor a través de sus libros, y precisamente por virtud de estos, nos interesa más que la obra. Porque las posibilidades esenciales de su estro asomaban en su libro con inconfundible resplandor augural, sus poesías acusaban un conjunto de cualidades en potencia—toda una viva esperanza—pero no daban cumplida satisfacción, todavía, al anhelo de ver formada y afirmada una nueva personalidad lírica.

Quedamos aguardando—añadía—el libro suyo que nos interesase tanto como el autor. Y nos quedamos aguardándolo seguros de que no tardaría en venir. Ha venido ya. “La Danza de los Horizontes” es un fruto pleno. Con él cumple Ud. lo que prometía y aun algo más, que no esperábamos para tan pronto: la equilibrada modernización de su técnica.

La riqueza de su imaginación aparece aquí desplegada en una maravillosa floración de metáforas inéditas, sirviendo—no ahogando—una emoción lírica de linaje romántico, que es, en su musa, don legítimo y del cual puede enorgullecerse, porque responde a su natural modo de ser y de sentir.

Llega a un grado muy alto en la belleza de la expresión, manteniendo en todos sus versos la más pura vibración poética de la cuerda sonora.

Es espontánea su tendencia a emparar el ramaje de sus sueños armoniosos en la luz de las meditaciones filosóficas, y es para mí preciado honor que su nuevo libro se abra con un canto sobre la eternidad a mí dedicado. Pero lo que más prefiero en este espléndido breviarío sentimental, son los cantos en que la juventud de su corazón busca en el amor, y los encuentra, acentos hondamente penetrados de una eximia luz de belleza.

“Yo soñé con las lunas gemelas de tus párpados, pálida y melodiosa adolescente, que trae los horizontes anclados de crepúsculo, amanecida de ternura, aguardas...”

Me parece indudable que el estremecimiento íntimo del amor florece entre sus manos en un copioso regajo de imágenes e ideas poéticas que son las más vívidas de su inagotable acervo. Así cumple bien su destino este libro que Ud.

ha ofrendado a su novia, a su “escanciadora de infinitos”, en cuyos ojos “se hace dulce la eternidad”. Las cosas que Ud. dice de ella o las que canta evocándola, son las más hermosas de esta magnífica ofrenda verbal:

“Y tu mano, tu mano, pájaro de la luna”

 “Te sentí florecer entre mis brazos,
 como brotada de mi corazón”

 “Dame tu abrazo, triste de tan tierno”

 “Junto a tí, carne y alma, soy como un horizonte:
 cielo y tierra se tocan sobre mi corazón”

 “Tus ojos, donde sueñan las palomas del éxtasis.
 Tus ojos, donde anclé mis pobres ojos!...”

Son, así mismo, muy hermosas las metáforas que constelan la poesía que da título al volumen; el soneto “Las manos”; el “Poema del amor y de la adolescencia”; el del “Aviador” y “El Arquero”.

Una fantasía de gusto orientalista, y si se quiere “ultraísta”, se prodiga y se concentra al mismo tiempo, en la síntesis, siempre feliz, de sus metáforas.

Por todo ello saludo en Ud. a un puro valor de la nueva poesía nacional y le estrecho con efusión las manos de artífice, en las que el calor de la vida joven se trasmite a la obra en un latido de sentimiento que, a veces—he de confesarlo—me agradaría menos cercano de la afectación literaria en la exaltación del tono lírico, pero que hace de ella una flor humana, con cálido y penetrante aroma espiritual.

Me repito su amigo y admirador.

E M I L I O F R U G O N I

ANTOLOGIA DE LA MODERNA POESIA URUGUAYA”, POR IDELFONSO PEREDA VALDEZ

I delfonso Pereda Valdez, uno de los poetas de la joven generación uruguaya, de más sutil temperamento y de más agilidad mental, acaba de hacer editar en

Buenos Aires, donde actualmente se halla establecido, una selección de poetas de nuestro país, a partir de 1900, que es la fecha en que verdaderamente puede fijarse la existencia de una poesía lírica de alta valoración.

Usando una frase de cajón, pero nunca más apropiada que en este caso, debe reconocerse que la Antología de Pereda Valdez, viene a llenar un vacío, y que, como tal, ha de tener el más merecido de los éxitos. Las Antologías con que se contaba hasta ahora, pecan de falta de selección y de antigüedad de noticias. Son heteróclitas ferias, hechas sin criterio ni gusto, en que figura cuanto vicho más o menos romántico, ha versificado por estos pagos: son exposiciones de la mediocridad poética. Lo poco bueno que hay en ellas está confundido, en la multitud sub-literaria.

Pereda ha hecho una Antología selecta, y además, ha hecho una antología moderna, eliminando a la fauna fósil. Todo lo mejor de la producción poética del Uruguay, en este siglo, está representado en su selección. Sólo se nota una ausencia inexplicable: la de María Eugenia Vaz Ferreira. Nada llama más la atención que un sitio vacío en un banquete.

Es lástima. Por lo demás, el volumen está lujosamente editado por la Librería del Ateneo, y decorado con graciosas viñetas de gusto modernísimo.

H. P.

“EXPOSICION DE LA ACTUAL POESIA ARGENTINA”, ORGANIZADA POR PEDRO JUAN VIGNALE Y CESAR TIEMPO

Vignale y Tiempo, dos de los valores más firmes y acendrados de la nueva generación argentina, han organizado una antología (que ellos, por algunos razonables motivos, no quieren llamar así) donde reúnen producciones de los nuevos poetas.

Una selección de esa índole constituye siempre un espectáculo atrayente y novedoso. En la presente, esa atracción aumenta por las breves notas luminaras y autobiográficas que, completadas con el esbozo físico aproximado de los “antologados”, nos proporcionan una preciosa lente psicológica frente a la labor de cada uno de ellos.

Todas las escuelas, a manera de lavanderas exóticas, han puesto a secar al sol de la popularidad, sus paños de colores chillones, en esta exposición, en la que Vignale y Tiempo han realizado una labor meritísima: presentan los elementos necesarios para conocer la fórmula químico-estética de una época, de una raza y de una sensibilidad.

Cincuenta poetas de la nueva generación (¡Cincuenta!) aparecen en este libro, lo que no debe causar extrañeza ya que hoy, al revés de lo que afirmaba la rima becqueriana,

“podrá no haber poesía; pero siempre habrá poetas”...

Y entre todos estos aspirantes a la inmortalidad, muy pocos revelan una personalidad firme y sostenida.

En Buenos Aires la individualidad se anula fácilmente: todo tiende a integrarse, a colectivizarse; ciudad vertiginosa todo lo absorbe y asimila. Es, con menores proporciones, la Nueva York del sur. Resulta, pues, difícil, casi sobrehumano, triunfar del medio, para imponer—libre y poderosa—la propia personalidad.

Los caracteres de la actual poesía argentina, fortifican ese criterio: fuera de la tendencia puramente subjetiva (muy rara, por cierto) hallamos un lirismo que tiende a objetivarse cada vez más, siguiendo una corriente ciudadana, social en unos, pictórica en otros. Y los que no cantan la ciudad, reaccionan contra ella y exaltan, con eglógica unción, la virginidad de la naturaleza.

Nuestra poesía, en cambio, suele ser más subjetiva; nuestro ambiente, pese a su rápida complicación urbana, no ha podido aún sobreponerse, por completo, a lo individual. Oribe, Sabat, Casaravilla, Ipuche lo comprueban: un sentimiento cósmico, una fiebre estelar dinamiza ascensionalmente a nuestros poetas. El mismo Frugoni—moderno y absoluto cantor de nuestra urbe—se emociona, por momentos, ante la estremecida serenidad de las cosas eternas. Un río solamente, separa dos poesías esencialmente distintas. En los grandes núcleos colectivos naufraga, a menudo, la personalidad: y si eso pasa con el hombre, más apto para la lucha con el medio, imaginemos qué acontecerá